

Sr. Alcalde, Don Francisco de Paz, todas y todos los miembros de la Corporación Municipal, diversas autoridades, vecinas, vecinos, amigas y amigos todos: buenas noches.

Quiero comenzar mencionando dos cuestiones relacionadas con el agradecimiento: En primer lugar manifestando la satisfacción y el contento por la iniciativa de realizar estos pregones festivos en la plaza pública, en la Alameda. Con razón se puede afirmar que nuestras plazas constituyen un ejemplo arquitectónico único en casi toda Canarias: por un lado, una plaza civil y pública con el Ayuntamiento como referente institucional, un espacio cívico auspiciado por su Alameda; por otro, su plaza sacra y pública con la Iglesia de Montserrat como eje de definición; ... como si desde los orígenes de la ciudad ambas dimensiones tuviesen una identidad diferenciada que se vinculaba con lo religioso por una parte y la liberalidad del comercio y lo político por otra y que, en todo caso, se mezclan y conviven permitiendo, no obstante, la neta diferencia de un espacio y otro.

Los pregones que honran a nuestro pueblo a través de su patrona, y como pieza clave en la fundación de nuestro pueblo (a través de la cohesión que establece un culto y su vinculación directa con la actividad económica emprendida por los primeros pobladores Castellanos), tienen como referente al nosotros colectivo y, por tanto, este enclave es el que mejor le conviene.

En segundo lugar, del mismo modo, quiero mostrar mi agradecimiento expreso a Francisco de Paz, nuestro Alcalde, porque me ha concedido el privilegio y el orgullo de confiar en mí para anunciar el comienzo de las fiestas de Nuestra Señora de Montserrat; anuncio de fiestas, que tratándose de nuestra virgen, “la Señora de la Montaña”, es también la rememoración de la fundación sagrada y civil de nuestro pueblo.

Agradezco el “Privilegio y el Orgullo”; pero en realidad se trata de un “Privilegio incierto” y de un “Orgullo herido”; “Privilegio incierto”, para ser veraces, porque me persigue la sospecha de que, a buen seguro, el conjunto de personas que merecen este honor es innumero; y también “Orgullo herido”, para ser honestos, porque a veces tal vez no sabré transmitir con la veracidad, claridad y viveza todo lo que somos, todo lo que podemos llegar a ser: ¡Todo lo que ustedes se merecen! De nada habrá servido mi saber, si hoy, aquí, en este momento, ahora ... no sé trasmitirles el latido de lo que verdaderamente somos.

El comienzo de un discurso, sea o no este el caso de un Pregón como el que nos concita aquí a todas y todos esta noche, se inicia por la incertidumbre de por dónde y cómo empezar, como bien recoge la fábula del ciempiés, que les cuento a continuación:

“Un ciempiés paseaba contento

Hasta que un sapo burlón

Le dijo: «Cuéntame, ¿en qué orden mueves las patas?»

[esta pregunta] Le llenó de dudas hasta tal punto

Que cayó exhausto en el camino

Sin saber cómo andar”.

Esta fábula, si me permiten, me parece que encarna perfectamente lo que me ha pasado a mí, la situación en la que me encontré en el preciso instante en el que nuestro Alcalde me invitó a participar como Pregonera en nuestras fiestas.

Inmediatamente, me asaltaron los pensamientos y las interrogaciones, quién era yo, cómo era, cómo había sido y sería mi pueblo, de cuál era nuestra historia, de cómo son nuestras gentes y nuestra idiosincrasia ... incluso algo tan básico como cuál era mi biografía.

Como dicen, había llegado el momento de la “verdad”.

Hasta que alguien te pregunta quién eres, uno cree tener todo un linaje y toda una estirpe de ancestros que le antecede y que le ha dado forma y significado; justo cuando se ve en la obligación de responder, de dar cuentas, a riesgo de no caer en los tópicos, se apercibe de que tiene que pensar, y mucho, quién es, cómo es y por qué es cómo es: la pregunta por la identidad es una pregunta que hiere nuestro narcisismo, nuestro amor propio, y nos condena a construirnos y reconstruirnos incasablemente sin nunca tener la completa certeza de si verdaderamente somos ese que nos han dicho que somos o ese otro que creemos ser o ese otro que los demás esperan de nosotros: nuestra irrenunciable “naturaleza abierta” nos obliga a no cerrar nunca del todo, ni definitivamente, esa respuesta: les hablaré, por tanto, desde el coraje humilde.

He aceptado, conscientemente y con parcial amor, este embarazo: de una parte, la necesaria obligación de pensar reflexivamente sobre la identidad saucera; de otra, a veces he tenido que dejarme arrastrar por el instinto y la pulsión de sentir y escribir sobre como hacemos las cosas, dando por hecho que lo sabemos, de ese modo especial y cándido, que no tiene malicia ni doblez: tomando nuestro hacer como un modo ávido y sutil de saber y conocer. Permítanme que para responder a algunos de estos interrogantes, comience contando algo de los orígenes, algo del comienzo; y, desde ya también, entiendan que siempre que utilice esta licencia, si no logro conmover, si no logro hacer nuestra historia y nuestro ser conmovedor, será culpa completamente mía: no habré sabido profundizar descendiendo en el pozo de la reflexión o elevarme en el aleteo luminoso de la viveza, la espontaneidad y la frescura de lo que somos.

#### -LOS ORÍGENES DE MI VOCACIÓN PROFESIONAL

Desde mucho antes que el idealismo alemán lo entronizara, con esa aura de santificación que tiene la filosofía y el pensamiento germánico, se sabía que “somos lo que comemos”. Pero quiero, en este momento, señalar que la cultura también es un alimento para el espíritu y que en nuestro pueblo, al igual que su ubérrima y feraz tierra produce alimentos para el cuerpo, también los ha producido en notable forma y abundancia para el espíritu, para la fortaleza y la salud del mundo de las ideas, de la cultura colectiva y que ha hecho que seamos un municipio ejemplar en el mundo educativo.

Se ha hablado con cumplida fidelidad y exactitud de la historia de la educación de nuestro pueblo, yo sólo voy a mencionar unas cifras que, para 1965 son, en sí mismas, apabullantes:

En 1965 teníamos un “total de 25 escuelas de primera enseñanza repartidas por el casco, pagos y caseríos. De las instaladas en Los Sauces, nueve en total, dos eran parroquiales, una de párvulos, tres de niños y otras tres de niñas. También tenía su sede en el casco, la Academia «Nuestra Señora de Montserrat», donde 220 alumnos cursaban estudios de bachillerato, además de ¡primero y segundo de magisterio!. Para concluir el epígrafe dedicado a la enseñanza, reseñar que en el municipio aunque existía el analfabetismo (54 casos), se contemplaba su erradicación con el nombramiento de una Maestra Nacional. También había un comedor escolar que acogía un total de 18 niños y niñas”. (Ayuntamiento de San Andrés y Sauces. Estudio sociográfico, 1965. Manuel Garrido Abolafia).

Es decir, en 1965, este pueblo ya tenía clara conciencia de la importancia que la educación y la cultura tenían e iban a tener en el futuro más próximo. De modo que nuestras gentes, como después se vería, estarían en la primera línea de salida cuando más tarde se creara el sistema público y universal de educación y enseñanza.

Tal vez por eso, gran parte de la responsabilidad de mi decisión de estudiar y la consecuente partida, como para muchos de mi generación y tantos otros de generaciones anteriores, la tenía este contexto que les acabo de comentar; el floreciente y destacado papel que la educación tuvo y seguía teniendo en mi pueblo: yo sería una víctima más - “deliciosa víctima” habría de decir- de la salmodia y el anecdotario, escuchado por doquier, del “maestro Cándido” y sus “tuntunes”. Una de tantas, de esas jóvenes que con el afán de saber abandonarían el pueblo para formarme y, después –hasta ahora-, no sabría volver sino intermitentemente.

La elección primaria de aprender –lo diré así- el oficio de Periodista y la consecuencia, podríamos decir, secundaria de arribar a Madrid, forman parte, además, de otra situación que me gustaría compartir con ustedes.

Yo había leído aquí, en nuestro pueblo, el Relato de un Náufrago del nóbel Gabriel García Márquez y fue ahí, y de un modo precoz, donde aprendí la diferencia entre “la verdad y la noticia”. García Márquez con su relato semanal en “El Espectador” de Bogotá logró, entre otros muchos prodigios, mostrarnos que no había sido una tormenta, como trataban de imponer las Fuerzas Armadas colombianas y la información oficialista, la causa del naufragio, sino un cargamento de contrabando que el buque portaba, el que había generado el desastre. Ya les he dicho, que mi vocación se construyó y fraguó aquí, en un pueblo en el que ello era posible, 1º porque el entorno cultural garantizaba que la educación funcionara y se percibiera colectivamente como un bien de primera o primerísima necesidad, casi como el pan; de hecho, yo recuerdo desde pequeña oír hablar en los almuerzos, entre bocado y bocado de pan, haber mordido algunas anécdotas del “maestro Cándido”, como hoy se habla, tal vez, de un partido de fútbol; 2º en un pueblo con una clara conciencia del papel que la enseñanza y la educación iban a jugar en nuestro país; 3º en un pueblo en el que la prosperidad económica había sido favorecida de una manera señera y clara desde los tiempos de la Conquista y hacía posible la inversión – o también el endeudamiento- para pagar los estudios; la cuestión era que las muchachas y muchachos cumpliéramos el designio ilustrado de nuestros profesores y profesoras, la encomienda que ejercía sobre los jóvenes el ilustrado pueblo; la noble demanda que hacía hacia sus hijas e hijos.

### -EL CHOQUE ENTRE UN SUEÑO Y LA REALIDAD

Lo que les descubro ahora, no obstante, es que este sueño “iluminista” se conmovió en sus cimientos cuando en los primeros días, con ilusión, alegría y alborozo, fui ansiosamente buscando la Facultad de Ciencias de la Información (Periodismo), y lo que se me impuso, casi como una bofetada en el rostro de mis deseos, de mis ilusiones y de mis sueños, fue un edificio, gris, plomizo, feo, desnudo, de hormigón armado y con las venas y los chorros de cemento entre los encofrados de tablas: se trataba de una de esas arquitecturas brutalistas que se fueron imponiendo esos años.

Aquel “bunker” acorazado de cemento y hormigón se me impuso como una metáfora de la opacidad entre la noticia y la verdad; entre el saber y su oficio. Para más burla y desilusión, la facultad de Periodismo estaba, y sigue estando, situada en un lugar llamado “Arroyo Cantarranas”, sí como lo oyen, “Arroyo Cantarranas”: lo único que se me alcanzaba a ver y escuchar, en mi desamparo juvenil y vocacional, era cemento y “piche”: “el piche” de una gran avenida de cuatro carriles atestada de coches, de contaminación y de ruido ...

... dónde estaban, dónde fueron, dónde huyeron las ranas, dónde estaba su canto, su croar ... su música átona de verdor y de anochecer ... allí ya no estaban: tornas, barranqueras, “tarjeas”, tanques, tanquillas, minaderos, dulas, canales ... y anocheceres templados por el fluir del agua acompañado del croar de ranas que aquí, aquí sí, en nuestro pueblo conviven y continúan estando.

Descubrí así, de golpe y sin paliativos, lo que “valía un peine”: si supieran, y de qué modo, cómo en estos primeros, e iniciáticos, días periodísticos en los madriles, emergió no sólo la añoranza de y por nuestro pueblo, sino la revalorización más auténtica de sus bondades absolutas: en nuestro pueblo no había ningún “Arroyo Cantarranas”, ni falta que hacía... porque en nuestro pueblo había Agua y, por tanto, había barranqueras, tanquillas, canales, “tarjeas”, con su correspondientes ranas, con su correspondiente música, con su correspondiente silencio, con su correspondiente trozo de noche recortada sobre la Cumbre ... en una palabra: había vida.

Nosotros todavía gozábamos de una realidad que, en otros lugares, ya se había convertido en publicidad cuando no en un embuste burdo, en un significado que no correspondía a nada verdadero.

Nosotros, sin incluir nada de mi nostalgia ni de mi melancolía, teníamos y tenemos una realidad, auténtica, directa, inmediata ... no un simulacro de realidad construida por el relato publicitario, del que, luctuosamente tampoco se libra hoy, ni si quiera, el llamado “periodismo serio”.

Diré más sin extraditarme de lo verdadero, deberíamos realizar todos los esfuerzos, colectivos e individuales, para seguir gozando de estos bienes (muchas veces conservando, otras preservando y otras también, por qué no decirlo, cambiando y transformando lo que hacemos y el modo en que lo hacemos); a veces, y me hago responsable de la parte que toca a mi profesión, ponemos el acento, por ejemplo, en la extinción y desaparición, irreversible, de multitud de especies, pero perdemos de vista que la que está, inequívocamente, tocada de muerte es la realidad: lo real.

Cuando, dentro de poco, se realicen paisajes y pueblos a la medida de los deseos de las personas con gigantescas y enigmáticas impresoras 3D, nuestro pueblo, San Andrés y Sauces, seguirá siendo un lugar real donde poder comprobar la fidelidad o distorsión de la copia con su molde, con su horma, con la realidad más auténtica. ¡Siempre, siempre nos quedará San Andrés y Sauces!

#### -EL CHARCO AZUL Y LA EPIFANÍA

Y si de realidades se trata, ahora quiero hablar, primero, del “Charco Azul” y después del “Agua”.

¿Por qué lo primero que tengo que hacer cuando llego a mi pueblo es ir al Charco?, me he preguntado...

¿Por qué este lugar compite con el afecto de mi familia?

¿Por qué se convierte en una cita ineludible, (invierno, verano, llueva haga frío o calor), que no se puede soslayar sin la sensación de estar cometiendo algún tipo de traición?

¿Por qué ese ritual se me impone más allá de mi propia conciencia como un deseo inaplazable e inapelable?

Creo que no se ha hecho una encuesta, podríamos decir, de los lugares, espacios, personas, ideas ... sobre los elementos, en fin, que articulan y sostienen nuestra común y civil identidad; pero si se hiciera, creo estar segura de que en ella, El Charco aparecería, sin duda, ocupando una posición privilegiada y brillante.

Hoy hablamos del Charco Azul, pero siempre lo hemos conocido como “El Charco”, porque hablar de nuestro Charco, es remitir a una realidad que no necesitaba ningún adjetivo, que no requería especificaciones; nombrar “El Charco” es nombrar algo que nos pertenece —y, quizá también de una manera más secreta y sagaz, a lo que pertenecemos sin apenas saberlo-, es hablar de lo que conocemos, es hablar de un ritual que realizamos (bajar y subir por barrancos y “tarjeas”) sin ser conscientes de ello y que constituye una manera de construir, al menos en mi caso, nuestra identidad: la identidad individual y la colectiva, la de todos y cada uno de nosotros.

El Charco combina un conjunto de dimensiones que lo hacen un lugar central en nuestro pueblo; pasaré a intentar explicarlo. Primero, se me aparece como un lugar donde se cruzan y se mezclan cosas primordiales. El Charco es, de inicio, un lugar natural pero domesticado podríamos decir: es un lugar que nos comunica con el ignoto océano, con la inmensidad de un sentimiento inabarcable pero, desde la protección, brindándonos cobijo ante el océano porque el mar no tiene cabellos.

De este modo, la alegría y el gozo del que disfrutamos yendo a El Charco, puede que esté vinculado con esta plenitud que algunos han denominado “sentimiento oceánico o cósmico”, de ser un lugar que provoca en nosotros la nostalgia de la infancia: una experiencia global donde no hay fronteras entre el yo y el mundo; un sentimiento de pertenencia con el todo, de comunión con lo exterior.

El Charco es como un “pasaje” que permite la transición de una dimensión temporal y espacial a otra: me veo bajando desde La Calzada, como otros y otras bajarían de La Calle, de La Plaza ..., o desde cualquier rincón del pueblo, y siento como la luz y el sol forman parte de mí, como me conectaban con otra realidad más total, como me fundo con la naturaleza y me siento ola con la ola, luz con la luz, sol con el sol, belleza con la belleza, azul con el azul, negro con el negro; es decir, me siento unida a la tierra, mi tierra me conecta con la tierra, siento que por mí respira la vida, que soy vida; el Charco nos permite conectarnos con un tiempo, que la más de las veces es el tiempo de la infancia: eterno y atemporal.

Me veo, a mi misma como podrían ser cualquiera de ustedes – a veces sola o acompañada, a veces en coche o caminando- bajando y subiendo a El Charco; se trataba de un descenso y un ascenso casi vertical que unía lo de abajo con lo de arriba, la tierra con el cielo; el mar con la montaña,... El Charco con Los Sauces.

Cuando bajaba hacia El Charco, “El Pueblo” representaba lo cotidiano, el día a día, la repetición y lo previsible, nuestra historia; el lugar de la formalidad, el control social; cuando subía al pueblo, El Charco se manifestaba como el lugar de lo excepcional, desconocido e imprevisible, donde anidaba el deseo de lo que seríamos o queríamos ser; el lugar del sueño y la ensoñación, el lugar por donde entraba la novedad y lo desconocido.

Arriba lo divino, las ideas, lo normativo, lo obligatorio, las nubes sobre la montaña taponando la claridad de la luz ...; abajo lo terrenal, las emociones, el cuerpo, la transgresión permitida y reglada, la luz cegadora que ni siquiera producía sombras.

Si aparto la bruma de mi yo individual para que aparezca la memoria colectiva de todos y todas, creo estar segura de que El Charco puede haber sido para muchos ese lugar iniciático que, a partes iguales con el pueblo, ha contribuido decisivamente a crear nuestra identidad; y también es un símbolo emblemático de lo que somos para los que nos visitan y tal vez un modo de garantizar el recuerdo de nuestro pueblo en ellos.

El Charco es, de este modo, una “naturaleza domesticada” naturalmente por la propia naturaleza: esa es la magia, ese es el poder, esa es la fuerza y la potencia de ese espacio natural. Una naturaleza, tenazmente viva, pero que deja un hueco, que da cobijo, un lugar protegido para sentirla, para observarla, para sentirse parte de ella sin riesgos absolutos: una naturaleza a la medida humana, una naturaleza mesurada. Quizá por eso sea El Charco “Las Damas”, la imagen ejemplar y paradigmática del Charco: un lugar que la naturaleza construye y cede a los hombres y mujeres para que puedan gozarla en su totalidad pero presuponiendo la humana condición de fragilidad y vulnerabilidad; por eso, para mí Las Damas, es la imagen de lo esencial.

Naturaleza domesticada por la propia naturaleza; sin la violencia o la fuerza exterior de la mano del hombre que impone y da formas a las cosas sino, por el contrario, como una bondad o como un don divino y primigenio que se nos concede para que podamos reconocer nuestra verdadera naturaleza, nuestro más auténtico origen: un lugar, repito, con el que conectar con el todo. Los Paraísos no se construyen: se entregan a las mujeres y a los hombres, en custodia, para que los cuiden y los protejan.

Si podemos definir de una manera certera a nuestro Charco, esto nos servirá para conocer y señalar su carácter específico y único; por que siempre supimos, no se nos ocultaba, que había otros Charcos pero que se llamaban “piscinas” o, como le gustaría al discurso publicitario, “piscinas naturales”. Naturalezas domesticadas de modo artificial, sin duda. Naturalezas que cuentan con muchos imponderables pero en los que la mano del hombre, a veces, no deja ver su carácter único y nos parece más una construcción sin capacidad de extrañamiento: del hombre para el hombre. Queda así, parcialmente, desalojado el lugar de lo sagrado, de lo divino ... de la naturaleza; hablan un “lenguaje humano”, demasiado “humano”.

En la prosa informativa y turística, por tanto, si ustedes me permiten, deberíamos ser capaces de incluir esta dimensión de ensueño, de conexión, de pertenencia, de pérdida de fronteras que está en el origen del sortilegio que el Charco ejerce, primariamente, sobre nosotros pero, de un modo más amplio, para todos los que lo visitan, para todos los que, propios o foráneos, se bañan en sus aguas, ese nuestro Jordán. Buscar un tipo de cosmopolitismo que no sólo ni principalmente pasase por innovaciones lingüísticas más publicitarias que genuinas, sino por comunicar y expresar el patrimonio, material e inmaterial, especial y único que concita El Charco: su dimensión de acceso al universo.

#### -EL AGUA Y LA VIRGEN DE MONTSERRAT

Y si hay algo que nos definió, nos define y nos definirá como pueblo, eso es el agua. Suele ser un lugar común señalar que nuestras tierras son fértiles y fecundas y que de este modo nuestro pueblo ha sido y es rico y próspero. Siendo esto así, tal vez convenga señalar más inequívocamente que la dimensión de la fertilidad de nuestras tierras se las da su agua. Que es la presencia de este elemento natural la que nos da el hecho diferencial único respecto a otros municipios, lo sabemos porque cuando el agua llegó a ellos, hace apenas unos cuántas décadas sus tierras también fueron fértiles y audaces en la producción y los cultivos. No del modo, tal vez, que en nuestro pueblo, porque en nuestro caso la presencia del agua fue una bendición que se hundió en la noche de los tiempos y de la que no guardamos memoria suficiente: siempre hubo agua y, por tanto, siempre hubo fertilidad y fecundidad. Mejor y más precisamente supieron entenderlo los antiguos pobladores, los benahoritas, awaras, auritas, los pueblos que nos precedieron, llamando a estas tierras Adeyahamen: “las tierras que están por debajo del agua”.

En efecto, en nuestro caso, la fertilidad está presente en un grado supremo, superlativo y diferenciado, porque “agua y tierra” han estado unidas, simbióticamente (como un matrimonio sagrado) desde siempre, desde el origen, desde el comienzo. Una unión de principios sagrados, de los elementos fundamentales (agua y tierra) que sólo puede haber producido un vergel, un jardín, un edén, un paraíso ... una “terrenal mansión” como quería el poeta para este pueblo.

Y es que este matrimonio feliz y armonioso, no se da a todos los pueblos ni en todos los pueblos. La falta de agua, la sequía y la sed, son las características más habituales de las neolíticas labores agrícolas y, con ello, de la esterilidad de los campos y de la pobreza y el hambre. Es esta presencia simbiótica la que hace que la agricultura convierta a la tierra en un lugar tan prospero y afable para la vida que acaba convirtiéndose en huerto, metáfora de lo paradisiaco.

Los pueblos que, como el nuestro han contado con la eterna canción del “murmurio armonioso del agua al ir por su cauce” (como recoge el romance), sólo pueden sentir la bendición de lo divino, sentirse elegidos: somos, también y de un modo especial, un “Pueblo Elegido”.

Me atrevo, sin jactancia si no con la humildad de quien también sabe de la desdicha y la pobreza, a expresar lo que todos sentimos y está implícito en nuestra identidad saucera: ¡Como pueblo, lo tenemos y lo hemos tenido todo, lo somos todo!.

Somos hijos e hijas de ese matrimonio sagrado y feliz de los elementos: esta viveza del gozo aletea en nuestros corazones pero, como señalaré un poco más adelante, también la responsabilidad de hacernos cargo de este desmesurado privilegio. Somos buenas y buenos hijos porque, entre otras muchas cuestiones, tenemos la clara conciencia de que somos privilegiados y que nunca terminaremos de saldar, al menos de un modo cabal, esta deuda, esta obligación: somos y hemos sido los mejores embajadores de nuestra tierra, (no podemos dejar de decir cosas buenas, amables y magníficas de nuestra tierra).

No es de extrañar, siendo las cosas de este tenor, que en diferentes ocasiones se haya comparado San Andrés y Sauces, tanto explícita como implícitamente, con metáforas, adjetivos y nombres que nos vienen a representar como un edén, como un huerto paradisíaco. Somos un pueblo sin par, sin duda, y agraciado por la naturaleza. No puede decirse de otro modo porque, en primer lugar, eso –exactamente eso- es lo que ven con sus ojos y escuchan con sus oídos ... todos los que tienen el gusto de visitarnos; y, en segundo lugar, porque si nosotros no somos capaces de reconocer nuestra excepcionalidad, difícilmente vamos a ser capaces de hacernos cargo de su proyección y de su gestión, de su importancia: de su cuidado y atención ... porque es que no quedan lugares como este.

Una naturaleza ubérrima en grado extremo, una naturaleza feraz; una naturaleza fecunda, frutuosa, generosa, prolífica ...; atributos maternos de la tierra como matriz de la vida, de toda vida; como Nuestra Señora de Montserrat; como el agua misma de la que ahora hablamos que, como Nuestra Señora de la Montaña de Los Sauces, es, también, origen y principio de la vida, de toda la vida.

No es común realizar una comparación entre el macizo de Montserrat en Cataluña y el del monte de los Nacientes de Marcos y Cordero; ni la semejanza de que se trata de dos montañas netamente imponentes y únicas, donde lo sagrado, en diferentes formas, parece anidar: la del macizo catalán porque, como dice el Himno a la Virgen catalana, la montaña parece aserrada por los ángeles, con una forma esculpida por la mano y la fuerza sagrada de la naturaleza, (como bien podemos comprobar en nuestra magnífica tabla flamenca en la Iglesia); y la montaña de los Nacientes porque de ella mana y brota el agua que, como sabemos, es la fuente de la vida que se derrama por toda la tierra, por todos sus cauces; la fuente de la vida que germina y da fertilidad: “la tierra que está por debajo del agua”: Adeyahamen.

Somos el Paraíso o, mejor aún, lo seguimos siendo en un mundo amenazado como el que nos ha tocado vivir en este cambio de milenio, donde todo lo que era sólido parece derrumbarse; es decir, Los Sauces es un Edén, donde lo sagrado sigue constituyendo nuestro pueblo como una “terrena mansión ... donde la utopía y la esperanza son presente ... donde florece la ventura y la calma ... donde anida la paz y el amor”. Y no caigamos en la confusión de pensar que estas palabras son meras metáforas como antaño; en el mundo actual, estas palabras son la presencia de un bien amenazado y escasísimo del que nosotros y nosotras gozamos. De ahí que, nuestra responsabilidad para con esta tierra edénica y única, haya sido siempre tan grave, tan trascendental; de ahí tal vez incluso, que pueda entenderse nuestra cierta predilección por la medida, por la tradición, por cambios que se articulen e imbriquen en nuestras raíces. Tal vez quepa imaginar que es este tipo de comportamiento y actitud, por tanto, es el que nos sigue permitiendo gozar de los bienes primigenios y sagrados, no lo olvidemos, del que están excluidos de manera decisiva y muchas veces irreversible, la mayoría de la humanidad.

El error, tal vez, puede ser llegar a pensar que un pueblo bendecido por los dones de la naturaleza y lo divino, caiga en la indolencia del olvido y del descuido, en el abandono y en la falta de conciencia clara de su exclusividad y primacía.

Por eso hoy, y todos los años, y todos los lustros, y todas las décadas, por eso hoy como siempre ..., con esa cadencia conmemorativa que no desfallece y que sabe que sólo con la repetición ritual se conserva la memoria de los pueblos, la memoria de sus orígenes (de su presente y la promesa también de su futuro), celebramos los inicios de las Fiestas Patronales a Nuestra Señora de Montserrat, la Señora del Monte de Los Sauces, para recordar que en nuestros orígenes privilegiados, en la fecundidad, en la fertilidad, en la abundancia y en la riqueza de la que gozamos, está ella.

Comiencen, pues, las Fiestas de San Andrés y Sauces, de nuestra patrona: ¡Viva La Virgen de Montserrat!

Lidia Lorenzo Medina.

San Andrés y Sauces, viernes 25 agosto 2017.